



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS



100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO



Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.



Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO₂ por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).



Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Environmental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido sólo entre 3 y 4 litros.



Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m² de plástico).



El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.



Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100% del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).



Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.



Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero sólo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

LAS FRÍAS NOCHES DE LA INFANCIA

TEZER ÖZLÜ

TRADUCCIÓN DE RAFAEL CARPINTERO ORTEGA



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2022
TÍTULO ORIGINAL: *Çocukluğun Soğuk Geceleri*

© The Estate of Tezer Özlü, 1980
This Spanish edition in arrangement with the Kalem Agency,
Istanbul, Turkey, 2021

© de la traducción, Rafael Carpintero Ortega, 2022

© Errata naturae editores, 2022
c/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-19158-03-1

DEPÓSITO LEGAL: M-8375-2022

CÓDIGO IBIC: FA

IMAGEN DE PORTADA: *Prove It*, © Kevin Foote, 2022

MAQUETACIÓN: Sara Pintado

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Mi padre, que en tiempos había sido profesor de Educación Física, se quedó el silbato. Por las mañanas lo hace sonar sin ni siquiera quitarse el ancho pijama de rayas: «Si tan quejicas sois, ¿para qué os alistasteis? ¡Levantaos, venga! ¡Levantaos!», grita con una voz que suena a corneta.

Me despierto con las primeras luces de la mañana y me encuentro en brazos de Süm. Pienso en la relación que ha establecido mi padre entre esta casa y el Ejército. Quiere imponer un orden militar en la vida doméstica. Eso está claro. Si fuera rico, quizá haría sonar cornetines en la puerta... ¡El afecto que albergan los varones turcos de la generación de mi padre por el Ejército y el servicio militar es desmedido!

Ya no vivimos en el campo. Los vastos huertos que separaban las casas de madera se quedaron en los pueblos silenciosos. Y los pueblos silenciosos se quedaron en los años cincuenta. Los altos pinos de Esentepe, entre los

que recogíamos las primulas amarillas y moradas que se abrían paso bajo la nieve cuando se fundía, perfilan el paisaje soñado de la infancia. En los luminosos días de verano mis flacuchas piernas bajan la cuesta a toda prisa... hacia la fresca brisa de las olas...

El bulevar que comienza en Saraçhane, con su ancho paseo peatonal colmado de plátanos en el centro, se extiende hasta Edirnekapı. A ambos lados circulan los vagones rojos y verdes de los tranvías. Unas pocas tiendas y un par de bancos ocupan los bajos de los edificios. Más o menos a mitad del paseo una ancha pendiente de adoquines lo enlaza con Çarşamba. Bajando por la segunda calle a la izquierda, en el callejón sin salida a la derecha, se encuentra nuestra casa. Que nos hayamos instalado en esos barrios pasto de incendios en los que jugaba de niño le procura a mi padre una felicidad que no nos podemos explicar.

Por las noches, me acurruco con mi madre para protegerme del frío y de la soledad. Las mañanas de invierno avanzamos por el camino que lleva al colegio, a las afueras del pueblo, inclinando la cabeza por la ventisca. Me sangran las manos, agrietadas por el frío. Las cuestas en las que en los meses de verano se secan las boñigas están ahora cubiertas de nieve blanquísima. De los tejados de las casas cuelgan gruesos carámbanos.

Mi padre se hace construir su hogar añorado en uno de los solares que quedan tras los incendios. Vigila constantemente a los albañiles, mientras cavan los cimientos, mientras traen la arena y la cal, mientras levantan los

muros de ladrillo. En cuanto acaban la obra, manda plantar tres pinos en el pequeño jardín de atrás.

En el pueblo la electricidad se da por la tarde y se corta a medianoche. Con el verano tardío, en las calles que se extienden a lo largo de las vallas de madera de los huertos, nace una claridad silenciosa. Los gallos cantan pasado el mediodía. El ganado pasta en las laderas de la montaña. Algunos días los autobuses de morro chato que van de Estambul a Ankara paran en la plaza, ante la torre del reloj. Miro con envidia a la gente que viaja, que va y vuelve de las grandes ciudades. «Un día yo también conoceré mundos lejanos», me prometo a mí misma.

«Ya lo tengo», dice mi padre años más tarde. «A esta casa habría que llamarla “Edificio señorial”».

Y hace grabar el nombre en una placa de mármol y la cuelga a la derecha de la puerta de entrada. La acera de enfrente está invadida por un tugurio, una maraña de habitacioncillas, de una familia multitudinaria. Plantaron un sauce llorón que ha crecido bastante. En los meses de verano se sientan bajo el árbol. Por las noches cantan y tocan la pandereta. Vivimos en su algarabía.

En la planta baja de la casa de madera, el padre de la propietaria —de más de cien años— yace en su cama blanquísima. Están volviendo a salirle los dientes de leche. Delira una y otra vez con que va camino del pueblo en un carro. Ella prepara café con leche en las brasas que saca de la cocina económica. A nosotras no nos ofrece porque somos pequeñas. Ha colgado unos visillos blancos en el ventanuco. Los árboles del huerto dan ciruelas

de Damasco. Contemplo con pavor la delgada pierna, el enorme pie y las largas uñas del padre de la propietaria sobresaliendo de la blanca sábana.

En casa somos seis. Comparto con Süm una cama bastante hundida en el centro. El lecho nupcial de mis padres. Süm se duerme en cuanto se acuesta en el hueco del colchón. Yo busco el sueño en la pendiente que desciende hacia él. Me pregunto si Dios existe. Hasta la noche en que me convenzo de que no puede existir, le ruego por todos nosotros largo rato. Ya no es necesario que le rece. Puedo pensar lo que quiera.

Todas las noches me acuesto con la cabeza en sus rodillas. Mañana nos separaremos.

—Voy a besarte —dice.

—Todavía no he besado a ningún hombre.

—Tú me besas el labio de arriba y yo te beso el de abajo.

Hacemos lo que dice.

Si nos lo permitieran... Si pudiera acostarme en su regazo. Si pudiéramos descubrir nuestros cuerpos dejándonos guiar por nuestros instintos... Si nos amáranos... Si creciéramos en un amor modelado por la naturaleza... Como el niño en el vientre materno.

La cama de Bunni también está en nuestro cuarto. Bunni reza cinco veces al día. Recita oraciones en árabe. Si la hacemos enfadar, levanta mucho la voz. Y por las noches, en sueños, grita: «¡Dios! ¡Señor mío!». La palabra que más ha pronunciado en sus casi noventa años de vida, si no más, es «Dios».

Siempre me ha costado conciliar el sueño. Oigo todos los ruidos y veo todas las luces que me rodean. Hasta en el silencio de las noches de hospital he oído los llantos que llegaban de las unidades de pediatría y he sido incapaz de dormir.

Bunni se levanta temprano. Retira las cenizas de la estufa. Coloca la leña, le pone unas astillas encima, les echa un poco de gasolina y enciende el fuego. Las astillas crepitan: «pat, pat». El agradable calor y la luz inundan el ambiente húmedo y gris de la habitación al amanecer. Ha llegado la hora de levantarse. Después de acurrucarnos junto a la estufa, hay que empezar la jornada, aun cuando el cuarto no se haya caldeado todavía. Nos lavamos la cara en el baño helado a toda velocidad con un agua más helada aún, y después corremos junto al fuego de nuevo. Los uniformes negros del colegio esperan listos desde la tarde anterior. Pero se han impregnado del frío de la noche. Los acercamos a la estufa para calentarlos. Se nos pone la piel de gallina cuando nos desnudamos. Bunni trae té, mermelada de membrillo y pan tostado en una enorme bandeja.

Dejo el pueblo para ir a Estambul un año después que Süm. Me enseña todas las cosas nuevas que ha aprendido. Le echa unos polvos al lavabo sucio.

«Ya verás, ahora se quedará limpiísimo».

Lo frota.

«¿Has visto?», pregunta.

Cuando nos paramos delante de la nevera de una tienda de ultramarinos, dice:

—Vamos a tomar leche pasteurizada.

—¿Qué es eso? —le pregunto.

—No hace falta hervirla. Está muy buena.

Ella se la bebe. A mí no me gusta.

Vamos al cine Atlas. Una sala enorme. No se me ha olvidado la película: *El inspector general*. Al salir, Süm compra castañas asadas. Se ha acostumbrado a la vida en la ciudad. Ha interiorizado sus costumbres enseguida. Yo, sin embargo, sigo tan estancada como si estuviera bajo los ciruelos de los huertos del pueblo.

Detrás de la puerta de nuestro cuarto, hay un perchero atestado de ropa colgada una encima de otra. En el pequeño armario empotrado está la ropa de todos los miembros de la familia (salvo la de mi hermano mayor). Como es más estrecho que una percha, hay que colgarlas de lado. (El del cuarto de mi hermano mayor es lo bastante profundo para que quepa una percha cómodamente). Tenemos una alfombra. Pero los raíles de los visillos no funcionan bien y éstos no cubren por completo la ventana. Estudiamos en una mesa con dos cajones que mi padre encargó en el pueblo. El flexo se puede ajustar a distintas alturas. Frente a la mesa, en la pared, están los consejos paternos:

Hijas mías:

1. La luz ha de entrar por la izquierda.
2. El libro debe estar a una distancia de 30-45 cm de vuestros ojos.
3. En cuanto termine el estudio hay que apagar las luces, etc. Os deseo los mayores éxitos y que seáis unas dignas hijas de nuestra patria. Vuestro querido y sufrido padre. Nombre. Apellido. Firma.

Justo al lado tenemos el dormitorio de nuestros padres, que hace también las veces de salita para recibir a las visitas. Allí está la alfombra más nueva. En el hueco que deja la cama de matrimonio se han colocado cuatro grandes sillones. Han puesto unos visillos detrás de las cortinas, del mismo color que los sillones. Como acaban de hacerlas, son lo bastante anchas para cubrir las ventanas. Por las mañanas mi madre recoge la cama, apila los colchones en nuestro cuarto y le pone una funda al tresillo.

(En estas casas hay pilas de cosas por todas partes. Todo está arrumbado en algún rincón).

Entre mi padre y mi madre no parece haber ninguna calidez, ningún cariño. Con cada gesto, mi madre deja bien claro que mi padre no le gusta nada como hombre. Al igual que todos los pequeños burgueses, sólo les unen las responsabilidades que comparten. Los días y las noches se suceden sin rastro de amor...

A casa no vienen ni muchos ni pocos invitados. En su mayoría son matrimonios «afectos a la patria y al deber». Los reciben en esta habitación. Les echan colonia en las manos y les dan caramelos y luego les sirven té y pastas. Los días de fiesta se ofrecen licor y bombones. Cuando hay invitados, habla sobre todo mi padre. Siempre saca los mismos temas. El colegio. Las obligaciones. El éxito. Sus encontronazos con la dirección. Los logros de los hijos. De nuevo el colegio. De nuevo las obligaciones.

Mi hermano vive muy cómodamente. Tiene su propia habitación. Con estantería, armario ropero, una estufa